III Trimestre de 2009
"Amadas y llenas de amor: Las epístolas de Juan"

Lección 2
(4 al 11 de Julio de 2009)

Experimentar la Palabra de vida

Dr. José Carlos Ramos

Alcanzan los cuatro primeros versículos de 1 Juan para entender cómo, y por qué, él combatió de manera tan contundente e incuestionable las falsas enseñanzas acerca de Cristo, conforme ya hemos comentado en el análisis de la lección pasada.

Mientras los disidentes gnósticos exponían lo que imaginaban una teoría sobre la vida eterna, el conocimiento de Dios y la comunión con Él, y especialmente sobre Cristo y su obra, Juan hablaba de su propia experiencia, su testimonio personal de aquello que había oído, visto, contemplado y tocado. Él habló en términos de experiencia personal, y no de una simple presuposición. La afirmación de la experiencia es incuestionable, porque contra los hechos no hay argumentos.

Así, con seguridad y autoridad, Juan testifica en contra del error, exaltando la verdad, como nadie más podría hacerlo.

Introducción a la primera epístola de Juan (1 Juan 1:1-4).

La introducción a la primera epístola de Juan nos brinda algunas declaraciones simplemente singulares, consideradas en el desarrollo de la Lección. Entre éstas, sobresale la declaración apostólica de Juan respecto a su testimonio ocular de los hechos relacionados con Jesús y su obra. Todos estamos de acuerdo en que, antes de poder dar un testimonio sobre algún hecho, el que testifica tiene que ser, de hecho, un *testigo*. Jamás podrá dar un testimonio auténtico si lo que tiene para decir, simplemente se restringe a lo que escuchó decir. Las meras informaciones recibidas de terceros pueden tener alguna importancia, pero no pasarán de ser nada más que una mera *retransmisión* de los hechos.

Juan no afirma ser veraz respecto de lo que le contaron acerca de Jesús. Su testimonio está fundamentado en bases más sólidas. Habla de lo que él mismo oyó, vio, contempló y tocó; factores más que suficientes como para hacer su testimonio, no sólo fidedigno, sino que, en primer lugar, ¡irrefutable! Al fin de cuentas, oír, ver, contemplar y tocar definen situaciones que efectivizan la validez de un testimonio.

Juan había escuchado al Maestro en discursos y sermones arrebatadores acerca de sí mismo y sobre el reino de Dios. Sus palabras transformaban a personas (y Juan mismo era una prueba de esto), no sólo porque comunicaban el sentido de una nueva vida, si-

no porque eran la propia vida (Juan 6:63, 68). No podían ser menos que eso, pues eran las palabras del mismo Dios (Juan 3:34; 8:26, 28, 38, 40; 12:49, 50; 12:24; 17:8, 14). Juan también había escuchado la solemne declaración de Jesús con respecto a sus enseñanzas: “El que quiera hacer la voluntad de Dios, conocerá si la doctrina es de Dios, o si yo hablo por mi propia cuenta” (Juan 7:17). Y siendo que Juan quería hacer la voluntad divina, se convenció de que no había manera de no creer en que la enseñanza de Cristo era, de hecho, de Dios.

Juan había visto a Jesús y sus obras maravillosas de sanación y liberación; lo había visto multiplicar los panes, resucitar muertos y calmar la tempestad. Atónito, se había unido a sus compañeros de discipulado en la exclamación: “¿Quién es Este, que hasta el viento y el mar le obedecen?” (Mateo 8:27). Sus obras no eran meramente humanas, eran las del propio Dios (Juan 14:10).

Pero, además de haber visto, Juan había *contemplado* a Jesús. Hay una sutil diferencia entre *ver* y *contemplar*. Ver es más que mirar, de la misma manera en que contemplar es más que ver; significa observar con atención, compenetradamente, hasta llegar a la comprensión de lo que se está viendo; es una forma trascendente de ver, que va más allá de la apariencia, en busca de hallar el significado último del objeto de visión. Por lo que Juan había contemplado de Jesús, entendió claramente que Él era dios revestido en carne humana y presente entre nosotros (Juan 1:14).

Finalmente, él lo había tocado, palpado. Esa experiencia debe haberse dado en varias ocasiones durante el ministerio de Jesús. Pero especialmente este hecho se aplica al Cristo resucitado (ver Lucas 24:39). Así, tenemos aquí, aunque indirectamente, una alusión a la resurrección de Jesús en 1 Juan.

Todo lo que Juan declara en la introducción de su mensaje no es para se encarado como algo utópico, inalcanzable, siendo que los destinatarios de la epístola –al contrario de él– no habían disfrutado el privilegio de haber sido también testigos oculares de aquellas maravillas. ¡No! (En este punto, al menos, estamos en igualdad de condiciones que ellos). Lo que el apóstol está diciendo no es el fruto exclusivo de su piedad personal. Aquí vemos su interés pastoral. El desea compartir con los creyentes el gozo y la seguridad que él disfruta: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que tengáis comunión con nosotros. Porque nuestra comunión con el Padre y con el Hijo Jesucristo es real” (1 Juan 1:3).

Tal como lo dice la Lección, “El punto central en todo esto parecer ser que Juan quiere que sepamos, por nosotros mismos, la realidad de Dios que él mismo había experimentado por medio de Jesús. El quiere que conozcamos por nosotros mismos, la vida eterna, la comunión y el gozo que podemos tener por medio de Jesús, el mismo Jesús que él había escuchado, visto y tocado”.

1 Juan y Juan 1

Lo que fundamentalmente se dice en la introducción del Evangelio de Juan reaparece en la apertura de la epístola. En ésta, las principales palabras son: *principio*, *Verbo* y *vida*, al igual que en aquél. La primera de ellas puede sugerir, en la epístola, más de una acepción (ver el cuadro a continuación); en el Evangelio, “principio” significa, con

seguridad, el inicio de la Creación. La Lección habla de “elementos comunes” (semejanzas) y no comunes (desemejanzas) entre los dos libros mencionados. Veamos:

<table>
<tr><th colspan="2">Semejanzas</th></tr>
<tr><th>Evangelio de Juan 1</th><th>1 Juan 1</th></tr>
<tr><td>1) El verbo ser fue empleado en el tiempo verbal pretérito imperfecto del indicativo: “era” (“En el principio era el Verbo”, versículo 1).</td><td>1) La misma utilización: “Lo que era [o existía] desde o principio...” (versículo 1).</td></tr>
<tr><td colspan="2">Observaciones: Los eruditos han notado que el verbo ser, en el prólogo del cuarto Evangelio, apunta a la naturaleza divina de Jesús. En 1 Juan eso también debe ser verdad, ya que hacia el final de la epístola, el escritor explícitamente declara la divinidad de Jesús (ver 1 Juan 5:20).</td></tr>
<tr><td>2) Se nos dice que “en Él [el Verbo] estaba la vida” y que ella era “la luz de los hombres” (versículo 4).</td><td>2) Se nos dice que el Verbo era la propia vida (final del versículo 1 y principio del 2), y que Dios es la luz, razón por la cual no podemos andar en tinieblas (versículos 5 y 6).</td></tr>
<tr><td colspan="2">Observaciones: En la epístola, Jesús es sinónimo de vida, y Dios es sinónimo de luz; en el Evangelio, tanto la luz como la vida son sinónimos de Jesús (ver Juan 8:12; 11:25; 14:6). Entiendo que, una vez más, está implícita la divinidad plena de Jesús.</td></tr>
<tr><td>3) El compañerismo del Verbo con Dios: “El Verbo estaba [era] con Dios” (versículo 1).</td><td>3) El compañerismo de la Vida con el Padre: “La Vida… estaba [era] con el Padre” (versículo 2).</td></tr>
<tr><td colspan="2">Observaciones: “Con” es la traducción de la preposición griega prós. En la forma en como es empleada tanto en el Evangelio como en la epístola, indica compañerismo íntimo entre iguales; o sea que el Verbo está en igualdad con Dios y, en 1 Juan, la Vida [el Verbo, o sea el Hijo] está en igualdad con el Padre. Por lo tanto, esto puede ser una tercera implicancia de la divinidad de Jesús en la introducción de la epístola.</td></tr>
<tr><td>4) Los que tiene a Jesús como Señor y Salvador disfrutan de un compañerismo con él y con el Padre, según el modelo de compañerismo de Dios Padre con Dios el Hijo (versículos 12, 18; ver Juan 13:25).</td><td>4) Tal experiencia es la que les espera a los creyentes (versículo 3).</td></tr>
<tr><td colspan="2">Observaciones: Juan 1:18 define la íntima comunión entre el Padre y el Hijo con las palabras “el Hijo único [Unigénito]… está en el seno del Padre” (1:18). En este texto, “seno” es la traducción del griego kolpos, “pecho”, expresión reutilizada en Juan 13:25 en referencia al compañerismo entre el discípulo amado y el Maestro. La misma relación de amor que une a Cristo con el Padre une al discípulo amado con Cristo, de manera que, tal como lo dice Cristo “Yo y el Padre uno somos”, el discípulo pueda decir “Yo y el Maestro somos uno” (cf., la experiencia de Pablo en Gálatas 2:20 y lo que él afirmó sobre la unidad entre Cristo y la iglesia, ejemplificada por el matrimonio [el marido y la esposa como una sola carne] en Efesios 5:31, 32). En su primera epístola, Juan insistió con los creyentes para que no permitiera que esa placentera comunión con Cristo y, a través de Él, con Dios, fuese quebrantada por ninguna cosa de este mundo, por más atrayente que pareciera. Entre</td></tr>
</table>

líneas, lo que más adelante trata abiertamente, está la falsa enseñanza como elemento causante de la apostasía, o el desvío de la verdad. Se nota este empeño apostólico en los versículos que siguen a la introducción a la epístola (ver los versículos 5 al 10, que estudiaremos en la próxima lección).

Desemejanzas	
Evangelio de Juan 1	**1 Juan 1**
1) "Principio" (versículo 1), el inicio de la Creación. Hay dos significados básicos del término: a) *comienzo*, *origen* (el sentido que se utiliza aquí); y la *causa eficiente* o la *razón de ser*, el sentido en Apocalipsis 3:14, donde se dice que Cristo es el principio, la razón de todas las cosas (ver Juan 1:3). El sentido en 1:1, 2 es doble: *temporal*, el punto en el que todo comenzó; y *cualitativo*, en el que antes de ese punto sólo existe la esfera divina. En otras palabras, Juan afirma que, cuando la primera cosa fue creada, viva o no, Cristo ya estaba allí.	1) "Principio" (versículo 1) tiene más de una acepción. Puede ser a) el inicio de la Creación (como en el Evangelio); o b) el comienzo de la historia de la salvación, específicamente el evento de Génesis 3, con una especial referencia al versículo 15; o c) comienzo de la vida terrenal de Jesús (en otras palabras, el evento de la encarnación); o d) el comienzo del ministerio terrenal de Jesús con el evento del bautismo.
Observaciones: Notemos que también en la epístola Juan utilizó *ser* en el tiempo verbal pretérito imperfecto "era" (ver cuadro anterior). Este tiempo verbal, expresando la presencia de Cristo, indica existencia continua, no temporal. No obstante, teniendo en cuenta las acepciones c) y d) de la expresión "principio" en 1 Juan, por las que Cristo, como ser humano en el que se convirtió, haya asumido la esfera de la Creación, sometiéndose a los límites del tiempo y el espacio, no podemos olvidar que Él nunca dejó de ser Dios en el sentido más elevado.	
2) La divinidad de Jesús es declarada de manera explícita y, especialmente, con el empleo del término "Dios" aplicado a Él (versículo 1).	2) Como ya hemos observado, la divinidad de Jesús está implícita.
Observaciones: Aunque la divinidad de Jesús en la introducción de 1 Juan no esté explícita como en el prólogo del cuarto Evangelio, la implicancia de la divinidad está plenamente expresada. En el transcurso de la epístola, continúa implícita pues, tal como lo afirma la lección 1, "la salvación por medio de Jesús depende de la naturaleza divino-humana de Jesús". Si hay algo bastante claro en la epístola de Juan es que Jesús es el Salvador (4:14, entre otros). Finalmente, la declaración de la divinidad de Jesús se vuelve explícita en el cierre de la epístola (1 Juan 5:20).	
3) Se hace referencia a Jesús como Creador (versículo 3).	3) Aún en el resto de la epístola, no hay una referencia al respecto.

Observaciones: No podemos olvidar el hecho de que si la epístola afirma la divinidad plena de Jesús, en ella entonces está implícita la realidad de su poder creador.	
4) En el prólogo del Evangelio, la referencia al testimonio ocular es hecha casi como “de paso” (ver el versículo 14).	4) En la introducción a la primera epístola, Juan insiste en el testimonio ocular (versículos 1 al 3).
Observaciones: Ya sabemos por qué ocurrió eso. Aunque, a través de la lectura del cuarto Evangelio, se perciba que el escritor está buscando impugnar el gnosticismo, es en su primera epístola que el lo confronta directamente, obviamente por la naturaleza de su obra, una exhortación pastoral en su empeño de salvaguardar a los creyentes a su cargo de los efectos deletéreos de la propagación de las falsas enseñanzas. Así, su insistencia fue oportuna y eficaz en su propósito de responder a las falsas teorías a través del poderoso argumento de la experiencia personal.	

La Palabra de vida

La expresión “Palabra de vida” o “Verbo de vida”, registrada al final del primer versículo de la epístola, es una construcción genitiva con posibles connotaciones diferentes, según consideremos la clase de genitivo. Son viables por lo menos cuatro variantes: 1) *genitivo epexegético*, o sea, de oposición o contraposición, por el que el término principal está en paralelo con el otro, o es equivalente a éste; el sentido sería “la Palabra que es vida”; 2) *genitivo calificativo*, en el que el término secundario expresa una cualidad del término principal; el sentido sería “la Palabra es vivificante, comunica vida”; 3) genitivo subjetivo, en el que el término principal se traduce en el segundo; el sentido sería “la Palabra está expresada en la vida, o a través de la vida”; y 4) genitivo objetivo, por el que el término principal encuentra en el segundo su propio tema; el sentido sería “la Palabra es acerca de la vida”.

Cualquiera de estos sentidos es perfectamente apropiado para Jesús, la Palabra encarnada. La Palabra es la propia vida, tal como el versículo 2 en su primera parte lo deja claramente explicitado, además del hecho de que en su trayectoria terrenal, Cristo mismo declaró ser la Vida (Juan 14:6; 11:25). Igualmente, Jesús es la Palabra encarnada y vivificante, tal como quedó probado ante la tumba de Lázaro (versículos 43, 44). Al mismo tiempo, la vida que Jesús vivió es, sin duda, la mayor expresión de la Palabra de Dios; en su vida la propia Palabra se volvió viva.

Finalmente, es la vida el gran tema de la Palabra encarnada. Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y vida en abundancia” (Juan 10:10). A través de su propio ejemplo de vida, por medio de todo aquello que hizo y todo lo que enseñó, Jesús desarrolló ante todos el gran tema de la vida. Él es la Palabra, el Pensamiento vuelto visible y audible, la expresión del propósito de Dios, de Aquél que dijo: “No me complazco en la muerte del que muere” (Ezequiel 18:32; ver también 33:11; 2 Pedro 3:9).

La gran cuestión es ¿Qué haremos con el don de la Vida, otorgado por gracia en la persona del Hijo de Dios? (ver Deuteronomio 30:19).

Testigos oculares

Notemos que, en la introducción de su primera epístola, Juan se expresa en forma plural: “Hemos oído… hemos visto con nuestros propios ojos…”, etc. Algunos creen que el apóstol lo hizo por modestia. Durante el transcurso de la epístola, él continúa utilizando la forma plural, alternándola algunas veces el tratamiento en forma singular (ver 2:12-14, 21; 5:13).

Es evidente que, en la mayor parte de su obra, el escritor se expresa en plural porque incluye a su propia comunidad en lo que está afirmando, tal como –por ejemplo– dice “¡Mirad que gran amor nos ha dado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios!” (1 Juan 3:1). En su introducción, no podría haberlo hecho, por el simple hecho de que los miembros de su hermandad no habían sido testigos oculares como él.

Algunos piensan que él incluyó el testimonio de su secretario, al amanuense que le escribía los textos. Eso es muy improbable por el hecho de que sería prácticamente imposible que ese tal secretario fuera también un testigo ocular como Juan.

La hipótesis más válida es aquella que considera la posibilidad de que Juan estuviera incluyendo a otros que habían conocido personalmente a Jesús y que hubieran dado, igualmente con poder, su testimonio. Pienso aquí en los compañeros en el apostolado de Juan. Aunque ya hubieran descansado de sus luchas, el testimonio que habían dado todavía –de alguna manera– permanecía, ya sea por la palabra oral de aquellos que se habían convertido por su predicación, o principalmente por la palabra escrita que habían dejado. Por ejemplo, podríamos hablar de Tomás, que había requerido una prueba tangible del Cristo resucitado. Cristo concedió esa prueba, no sólo a él, sino a otros que todavía dudaban de la resurrección (ver Juan 20:25-27; Lucas 24:37-40). ¡Podemos imaginar la fuerza de la argumentación de Tomás y de los demás a favor de la resurrección de Jesús, en el testimonio que dieron a partir de aquél célebre Pentecostés que marcó el inicio de la predicación apostólica! “Testificamos que Él resucitó porque nosotros mismos lo tocamos” (cotejar con Hechos 2:32; 3:15; 5:32; 10:39-41; 13:30, 31).

Pedro también afirma categóricamente: “Porque no hemos seguido fábulas ingeniosas, cuando os hemos hablado del poder y de la venida de nuestro Señor Jesucristo, sino que fuimos testigos oculares de su majestad” (2 Pedro 1:16).

Por lo tanto, Juan no estaba solo en su testimonio personal de Jesús. Pero hay otra cuestión. Nosotros, que vivimos dos mil años después de los hechos que marcaron el paso de Jesús por este mundo, ¿estaríamos en condiciones de unir nuestro propio testimonio al de aquellos que estuvieron personalmente con Jesús, testificando con el mismo ímpetu y con el mismo poder? ¡Afortunadamente, sí!

Esto tiene que ver con la manera de definir el verdadero testimonio de aquél que no es un testigo ocular de Jesús y su ministerio. Podemos no haber oído, ni visto, ni contemplado, ni tocado al Cristo histórico, pero hemos de ser objeto de su salvación, la cual no conoce límites, ya sea de tiempo, espacio o cualquier otro. El testimonio de aquello que Jesús realizó en nuestra vida, a través del Evangelio, permitirá que, cuando hablemos de Él a los demás, no estemos haciendo referencia a una simple teoría, sino a algo que tiene que ver con nuestra propia experiencia, tal como ocurrió con Juan. Un testimonio

así no admite refutación. Sólo dos actitudes evidenciarán el efecto de dicho testimonio sobre los que escucharen: aceptación o rechazo.

La comunión de los santos

Lo que Juan asevera en la introducción de su primera epístola tiene un propósito definido: "…para que tengáis comunión con nosotros. Porque nuestra comunión con el Padre, y con su Hijo Jesucristo es real" (versículo 3).

La palabra clave aquí es *comunión*. La expresión griega más frecuentemente traducida así en nuestra Biblia es *koinōnía* (incluso en 1 Juan 1:13), de *koinós*, algo en común, perteneciente a varias personas. En su sentido habitual, esa expresión significa *compañerismo*, *participación*, *interacción*. Involucra la idea de una agrupación de personas que han recibido la misma dádiva (además, *koinōnía* también significa *ayuda*, *contribución*, *dádiva*, etc.) y que, por ello, comparten un bien común.

A la luz del Nuevo Testamento, especialmente de los escritos juaninos, la gran dádiva que los creyentes, en común, recibieron de Dios, fue el don maravilloso de su Hijo Jesucristo (1 Juan 3:16). De acuerdo con la tercera epístola, de esta dádiva surgen otras no menos espléndidas y relevantes: su Hijo nos fue dado para que él mismo nos diese su vida (1 Juan 3:16); el don de la vida eterna nos fue franqueado en la persona de su Hijo (1 Juan 5:11); el Espíritu Santo nos es dado como evidencia de que Dios permanece en nosotros y nosotros permanecemos en Él (1 Juan 3:24; 4:13) y esa permanencia recíproca es garantizada a todo aquél "que confiesa que Jesús es el hijo de Dios" (1 Juan 4:15).

Este gran don divino en la persona del Hijo se presupone en las palabras de 1 Juan como una bendición otorgada indistintamente a todos los creyentes. De allí el propósito del escritor en recordárnosla, "para que tengáis comunión con nosotros" (1 Juan 1:3b). Estando en comunión con el escritor, ellos estarían en comunión con el Padre y con el Hijo, pues era con Éstos que el mantenía comunión. "Porque nuestra comunión con el Padre y con su Hijo Cristo es real" (versículo 3c). ¡Cuán triste es, entonces, que este vínculo maravilloso *Padre → Hijo → Juan → Creyentes* (iglesia), fuera quebrantado de alguna manera por albergar las falsas enseñanzas de los disidentes, que estaban siendo propagadas en la iglesia!

¿Qué podemos aprender de todo esto? Para nosotros, en la actualidad, la dirección del vínculo podría especificarse de esta manera: Padre → Hijo → Liderazgo → Cuerpo general de miembros (o iglesia local y/o mundial). Tal como la Lección lo expresa: "La proclamación de Jesús y del evangelio lleva a las personas a la comunión, no sólo con el Padre y el Hijo, sino también con otros creyentes. No solo hay una conexión celestial invisible, sino también una conexión visible y real entre estos creyentes". Los cristianos son bendecidos por el hecho de que no tener que vivir solos o aislados unos de los otros, sino que se vuelven partes de la comunidad y la familia de Cristo en la tierra. En otras palabras, la comunión cristiana es tanto *vertical* (con el Padre y su Hijo Jesucristo, a través del Espíritu Santo, 1 Juan 3:24; 4:13), como *horizontal* (los unos con los otros, 1 Juan 1:7).

Nosotros también hemos sido agraciados con todas esas bendiciones expresadas por el discípulo amado: Cristo y todas las dádivas derivadas de Él nos han sido otorgadas tanto como a aquellos hacia el final del primer siglo de la era cristiana. Dios también

nos ha ministrado sus preciosas enseñanzas, tal como se las había ministrado a ellos (1 Juan 2:27), para que nosotros, siguiendo su ejemplo de pertenencia a la verdad (1 Juan 3:9), sepamos distinguir entre el espíritu de verdad y el espíritu del error (1 Juan 4:6).

Que Dios nos ayude a tener conciencia y poder reconocer los bienes comunes espirituales que disfrutamos por dádiva divina y que no permitamos que ningún espíritu maligno, el que se esconde detrás de toda disidencia que se levante contra la verdad, rompa los lazos fraternales de amor que, como iglesia, nos unen en una gran familia.

Tal vez el llamado de Pablo a una congregación que el diablo estaba intentando fragmentar, la iglesia de Corinto, sea también oportuna para nosotros: "Os ruego, hermanos, por el Nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa y que no haya entre vosotros divisiones. Antes estad perfectamente unidos en una misma mente y un mismo parecer" (1 Corintios 1:10).

Eso también es *koinōnía.* Eso también es comunión. "Para que vuestro [nuestro] gozo sea completo" (1 Juan 1:4).

¡Amén!

Dr. José Carlos Ramos
Profesor de Teología
Universidad Adventista de San Pablo (UNASP)
Campus Engenheiro Coelho



Traducción: Rolando D. Chuquimia

© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
Rolando D. Chuquimia (rdchuquimia@ciudad.com.ar)
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
www.elistas.net/lista/EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática